

José Luis Rosasco: "Dónde estás, Constanza..."

Por Ignacio Valente

Tenemos un nuevo novelista: todavía en cierno, imperfecto, pero con buena mano y pluma ligera para narrar. Como nuestros novelistas son pocos, el hecho es digno de celebrarse. Rosasco había publicado hasta ahora buenos cuentos, entre otros que no lo eran tanto. Pero el paso del cuento a la novela no es cosa fácil; muchos han sucumbido en la empresa. La novela implica un ámbito narrativo más vasto, un argumento menos puntual y más complejo, una pluralidad de caracteres y una habilidad para la construcción y el montaje, que el cuento no pone a prueba en el mismo grado. Todos esos requisitos se han cumplido aceptablemente en *Dónde estás, Constanza...*, obra que ganó el Premio de Novela Andrés Bello, y que ahora publica esa misma editorial.

El mundo de esta novela es sensiblemente parecido al de los cuentos anteriores del autor: un estrato social de clase media, el barrio Nuñoa en Santiago y veraneos en Quintero, y el rotundo protagonismo de adolescentes en sus conflictos típicos: el despertar sexual, el descubrimiento del amor, las primeras lecturas serias, las reflexiones de cuño trascendental, la fantasía desbordante, la relación problemática con los mayores... Alex, el protagonista de 13 años, así como su familia entera —la madre viuda, la abuela puritana, el hermano mayor y la hermana menor—, ven conmovidos su apacible existencia por la llegada de nuevos vecinos, la familia Glicker con sus extrañas individualidades, que calzan muy poco entre sí: allí cada personaje es un mundo aparte, y el conjunto es tan pintoresco como armónico. Pero, sobre todo, cada uno de los hijos es el contrapunto perfecto para los retoños de la otra familia: Alex hace pareja con Constanza, Luis con la Rucía Glicker, y Alicia con el Colorín.

No obstante el protagonismo central de los muchachos, la figura de los caracteres mayores está muy bien definida: la madre de Alex, cariñosa y comprensiva; la abuela, gurmefa y polical; papá Glicker —que en realidad se apellida Sandoval y es chileno—, un fresco simpático lleno de deudas, que pasa a su familia de barrio en barrio, porque jamás paga el arriendo ni las cuentas; y mamá Glicker, que da su nombre a la familia, un temperamento notable que preside con cierto buen humor la azarosa vida del clan.

El núcleo central de la novela es el amor de Alex con Constanza Glicker: amor tímido con arrancos de audacia, platónico con alguna nota de sensualidad. Pero si la familia de Alex es una entre mil y los Glicker son una rara avis en el barrio y en cualquier parte, es Constanza la que supera a todos en esa enigmática mezcla entre extravagancia y naturalidad. El enigma de Constanza comienza en el color cambiante de sus ojos, se prolonga en sus trajes de fantasía y como de disfraz, y se proyecta sin límites en sus sueños, que se entrelazan también enigmáticamente con su vida diaria. Alex se ve arrastrado por el torbellino casi mitológico de Constanza, en una aventura tan libre como verosímil, y adolescente hasta un grado arquetípico. La trama es llevada con hábil conducción hasta el desenlace que combina, con una mezcla de buena ley, lo trágico y lo cómico, lo tierno y lo humorístico, lo patético y lo trivial.

En favor de los personajes de Rosasco hay que anotar un elemento por desgracia escaso en nuestra narrativa, y por eso más digno de mención: Rosasco ama a sus creaturas, a todas ellas; no las inventa para conducir las después a su reglado gusto por el camino de la caricatura, el demuestro o el sarcasmo; carece de esa afición por lo grotesco que es moneda corriente incluso en la plana mayor de nuestra narrativa actual. Bien se puede decir de él, con las palabras de Ibsen, que los personajes le han brotado de su propio corazón. Son parte evidente de su propia experiencia de la vida y de sus sueños; no son fantasmas de su conciencia que deba exorcizar, no son hijos de ningún resentimiento, no son el odiado objeto de ningún desahogo crítico. Por eso mismo son reales y concretos; sean más o menos típicos, o más o menos extravagantes, nunca son lógicos ni lugares comunes ni tipos generales: poseen singularidad.

En la cuenta adversa de sus personajes debe incluirse el hecho de repetir visiblemente a los protagonistas de sus relatos anteriores. A este Alex de Nuñoa nos parece haberlo visto antes veraneando en Quintero, así como a su madre y su abuela, y además en la exacta relación recíproca de otras veces. En la Constanza de hoy resuena sensiblemente cierta Lovely norteamericana. El tío César de este libro —inconformista, vital, liberal, desprejuiciado— recuerda en exceso al papá del protagonista de *La fotografía*. Y la contraposición entre dos tipos de muchacha, la ideal platónica y la sensual lasciva —Constanza y la Pupa de esta novela— repite el caso de anteriores cuentos. En realidad, este no es un defecto todavía; es natural que, en sus primeros cuentos y en su primera novela, el autor trabaje con la substancia de sus experiencias más vivas, de su casi fijación adolescente, de sus recuerdos más fuertes. Pero el arsenal más autobiográfico se gasta pronto, y si su presencia es comprensible todavía, ya no lo será tanto que sus próximos relatos repitan sin más estos arquetipos personales. El desafío de la invención espera a Rosasco si quiere progresar como novelista.

Mi mayor reserva hacia este libro se refiere a ciertas contradicciones y descuidos del lenguaje. Hay páginas que parecen no haber sido revisadas, por sus incómodas rimas, su repetición de términos como "una media docena de columnas que ahora se alzaban medio a medio en las naves laterales", y otras faltas menores por el estilo. Hay palabras que el autor usa sin conocer su significado; por ejemplo, dos veces aparece por allí el término "atrabillario" en un contexto incompatible con su acepción correcta: colérico, malhumorado, irritable (etimológicamente, "de bilis negra"; el autor lo usa como "arbitrario", "extravagante" o algo así). La mezcla de lenguaje coloquial con expresiones excesivamente cultas en un mismo párrafo o en una misma frase no es afortunada. El adjetivo "vagaroso" es demasiado literario, casi cursi, para repetirlo tanto. El aumentativo "don" ("un don cuarteto", "una don historia") no puede prodigarse a cada paso.

Pero estas reservas afectan a la superficie verbal, y las creo muy superables. La primera novela de Rosasco es amena, tiene vitalidad y fuerza, y promete. Que el autor cumpla, pues.

el mundo. Santiago 24-11-1961. P. 57

711960

José Luis Rosasco, "Dónde estás Constanza --" [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

José Luis Rosasco, "Dónde estás Constanza --" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa